

DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Levítico 19, 1-2.17-18): *Seréis santos, porque yo, el Señor, soy santo.*

Salmo (102, 1-2.3-4.8 y 10.12-13): *«El Señor es compasivo y misericordioso».*

2ª lectura (1ª Corintios 3, 16-23): *Vosotros sois templos vivos de Dios.*

Evangelio (Mateo 5, 17-37): *Habéis oído que se dijo. Yo, en cambio os digo.*

Hay un mundo antiguo, superado, pero siempre acechante, que representa a la moral mínima, la que se conforma con no hacer daño y trata de evitar que la juventud tome caminos tortuosos de los que es difícil volver. Hoy está muy extendida en nuestra cultura plural, en las sociedades occidentales desorientadas y en los padres que han hecho una revisión general de la moral en la que fueron educados y que no han reemplazado por otra sino que la han descartado sin más.

Como los padres que solo educan a sus hijos para que no se droguen y no vayan a la cárcel, también las sociedades plurales han renunciado a una moral de máximos, es decir, de metas más altas. Creen que hacer una propuesta moral de máximos es una pretensión autoritaria que genera frustración por lo inalcanzables que resultan sus objetivos.

¿Es una imposición autoritaria que unos padres quieran educar a sus hijos para que sean grandes ciudadanos? Los padres ya saben que esa propuesta no va a tener unos efectos mágicos y automáticos. Sus hijos pueden encontrar muchas dificultades y no superar determinados pasos del proceso, lo que no significa frustración ni rechazo, pero sí estímulo para crecerse ante los obstáculos y reconocimiento de la realidad.

La necesidad humana de vivir y convivir mejor necesita un compromiso de adhesión a la vida como tarea de todos y para todos. Sabemos que muchos no estarán de acuerdo, otros opinarán que es mejor conformarse con niveles mínimos fácilmente alcanzables, otros, como respuesta a la pluralidad de nuestras sociedades, reclamarán la libertad de cada uno para adherirse al proyecto moral que quiera.

Nosotros asumimos la propuesta de Jesús que nos invita a construir personas más implicadas en la construcción social de un mundo más humano, más libre pero más comprometido en las necesidades de los demás, más inconformista con un presente insatisfactorio.

Para eso nos da una base acorde con el objetivo: Entender el mundo como una gran familia y actuar como el Padre común, que se interesa por todos, está pendiente de todos, comprende y acepta a todos tal y como son, pero a todos convoca para la gran tarea familiar de preparar un futuro que responde a la necesidades y anhelos de todos y cada uno.

En esa perspectiva, la perfección no está en la suma de cualidades que uno atesora sino en los sentimientos familiares que uno promueve en su interior para actuar desde ellos buscando el bien de los demás. No es una perfección moralizante de virtudes que uno posee como un trofeo conquistado, sino el cúmulo de energías que alimenta para ponerse al servicio de los demás. Como hacen los padres y los buenos hermanos. Como hace el buen Padre celestial que a todos adora.

«Meditar cada día un pasaje de la vida de Jesús... abstenerse de toda violencia de los puños, lengua y corazón, porque el que no es violento así tampoco tendrá dificultad en renunciar a la violencia de las pistolas. Hay vidas entregadas a una causa movidas por el odio: no nos sirven. Los modelos son las vidas entregadas a una causa noble movidas por el amor». (Martín Lutero King).

La conducta moral debe encarnarse en circunstancias de espacio y tiempo, bajo formas concretas de vivir. Renunciar a la violencia y amar a los enemigos, nos dice claramente cuál es la voluntad de Dios y a qué cimas de perfección invita.

«Oísteis que se dijo... pero yo os digo...». No es una legislación nueva, pero añade tal perfeccionamiento a la ley antigua que, de hecho, parece nueva. La gran falsificación consiste en despojar la letra de la ley del espíritu que la inspiró. El resultado es una interpretación exterior. A la “ley del talión” se opone la “no-violencia”. La ley del talión suponía ya un cierto avance respecto a épocas anteriores porque excluía la venganza desmedida y arbitraria para reducirla a igualdad, a pagar con la misma moneda.

Jesús la perfecciona enseñando la renuncia a toda violencia, no a la acción de la justicia, y a vencer el mal con el bien. Todo discípulo de Jesús debe inspirar su proceder en la conducta del Padre celestial que es bueno con todos. El ideal de convivencia humana no se basa en la pura filantropía humana ni en la afinidad temperamental, sino en la imitación de Dios. Jesús sabe bien lo que pide. El mal no se vence con el mal sino con el bien. No es cristiano matar, ni dar vivas al que mata. Tampoco lo es cruzarse de brazos ante el crimen porque equivaldría a dar disco verde a la maldad. **«El que tenga oídos para oír, que oiga».** El que se crea valiente que lo demuestre.